

En Belalcázar instalamos el hospital en un grupo escolar. Era de reciente construcción y jamás tuve un hospital con tanta luz y con tanto sol. Puse un portero para controlar un poco las visitas. Era un minero evacuado de las minas de Peñarroya. Me pidió de salario 5 pesetas diarias y 3,50 pesetas si le daba de comer. Cuando una ambulancia traía heridos, acudían mujeres que habían tenido que dejar sus casas en Pueblonuevo del Terrible y ansiosamente preguntaban a los muchachos: “¿Habéis tomao er Terrible?”

Nos alojábamos en casa del doctor Otero. Había dos médicos Otero. Uno ejercía en Belalcázar y fue una de las personas que las “tropas” de Cabeza del Buey fusilaron. Su casa era muy espaciosa y por eso el ayuntamiento la ofreció a la Sanidad de las BB.II. El otro hermano –Antonio Otero Sánchez– se estableció en Barcelona y alcanzó mucho renombre como médico especialista en accidentes del trabajo. En 1952 trabajaban con él dos hijos: Antonio y Joaquín Otero Sendra. En la actualidad se cuentan hasta ocho los Otero que figuran en las listas del Colegio de Médicos de Barcelona.

En Belalcázar llevé a cabo una acción humanitaria que después repetí en la campaña del Maestrazgo. Consistía en que el pregonero anunciaba a la gente que en el hospital militar se atendería gratuitamente a todo enfermo. La maniobra era oportuna porque gran número de médicos rurales habían sido movilizados y, por otra parte, yo poseía un aparato portátil de Rayos X que la gente consideraba cosa prodigiosa. Acudió bastante gente al improvisado consultorio. El caso más clamoroso fue el diagnóstico de un derrame pleural. Repito que la consulta era gratuita pero muchos enfermos me obsequiaban con huevos, algún pollo, etcétera. que en aquellos días de penuria alimenticia y –en las Brigadas Internacionales– de mala cocina, se agradecía mucho. Esto nos lleva a hablar de un gravísimo incidente que costó la vida de una persona.

El médico de uno de los batallones de la XIII Brigada era un muchacho de la buena sociedad de Valencia. Se había casado hacía poco y como que era miembro del Partido Comunista consiguió que su joven esposa estuviera con el servicio sanitario de la Brigada. De este modo, ambos pudieron prolongar la luna de miel, puesto que él –de cuando en cuando– dejaba el batallón y venía a pasar una noche a la Jefatura del Servicio Sanitario. La joven esposa –a la que llamaremos Azucena– se aburría mortalmente porque no era ni médico, ni enfermera y por tanto, no tenía nada que hacer. Conoció a un estudiante de medicina francés encargado de las evacuaciones, llamado Roger, y le entró una afición irrefrenable por aprender la lengua de Molière. Pero después llegó a aquella comandancia un chófer de ambulancia alemán. El era joven, delgado, rubio y de ojos azules, todo lo contrario del francés que era moreno de cabello ensortijado muy negro y de hábito atlético. Fue, entonces, cuando a Azucena le entraron unas ganas irresistibles de aprender la difícil lengua de Goethe.

Como de costumbre, la cocina era horrible. Un día yo no pude resistir más y en una reunión de los oficiales protesté de la calidad de la comida. Me contestaron que el cocinero era ucraniano, cuya cocina distaba mucho de la española..., y yo les contesté: “Se habla de la cocina francesa y de la china y de otras muchas. Para mí sólo hay dos clases de cocina: buena y mala. Y yo quiero la buena”. Ignoro qué le dirían al cocinero. Seguramente le hicieron ver la diferencia entre cocinar en un lugar rela-

tivamente tranquilo o aguantar los piojos y la vida de la trinchera; el caso es que se enmendó y, al día siguiente, nos sirvió un plato de patatas fritas riquísimas. Mientras las comíamos, sonó un disparo y el chófer alemán (que se llamaba Fritz), que se sentaba a mi lado, cayó al suelo. En tierra yacía la pistola de Roger que, a su vez, estaba sentado al otro lado de la víctima. Se le llevó al hospital. El proyectil había entrado –atravesando el asiento de la silla– por el periné y se había ido a alojar a la parte alta de la pared abdominal. A pesar de haberle operado a la media hora de ser herido, el pobre Fritz murió. Era evidente que Roger había disparado su arma por debajo de la silla. Por lo menos, así lo creyó todo el mundo.

El general Gómez me preguntó algunos detalles y me pidió que le hiciese una información por escrito. Roger fue enviado a otra Brigada y al pobre Fritz le enterraron en Belalcázar. En cuanto a Azucena, se ordenó su regreso a Valencia, lejos de la vida militar.

En Belalcázar “mi” equipo acabó de tener una cohesión, gracias a que el personal terminó integrándose convencidos que todos trabajaban movidos por el ideal de buscar el bien del herido o del enfermo. De Cabeza del Buey, vinieron conmigo dos jóvenes. Uno era José López Balls (Pepe) y otro, menos joven, llamado Blas. El primero era enfermero y el segundo manejaba los autoclaves y demás artilugios del quirófano. Además se integraron tres enfermeras. Una era española, de Madrid, Pepita Sicilia, muy politizada, de las Juventudes Socialistas de Madrid, fue una enfermera eficiente y muy adicta a mi persona. Se “casó” con un judío norteamericano y –cuando él se cansó de ella, a las pocas semanas– se “casó” de nuevo con un intendente francés –Jacques Carrier– que resultó ser un muchacho excelente. Otra fue Dorothy Aroha Morris, una neozelandesa, delgada, apergaminada, de una edad indefinida, a la que las muchachas de limpieza de Belalcázar llamaban “la Zankiú”, porque ella –mujer de muchas “manners”– daba gracias por todo. Era una especie de “Señorita Rottenmeier” que cuidaba de la limpieza del hospital, del ropero y del aseo de los internos. Finalmente, la tercera era una alemana –Käthe– que llevaba un apellido húngaro –Forgasz– porque así se llamaba su marido, uno de los médicos de batallón de la XIII Brigada. Fue mi anestesista, muy fiel a mi persona y dispuesta a aceptar cualquier trabajo, por duro o molesto que fuese.

Otra persona que se integró en mi equipo fue el doctor Stephan Sinculescu, un médico rumano que quedó admirado de la gran cantidad de palabras comunes al rumano y al catalán. Adquirió un diccionario catalán y me preguntaba continuamente y me hacía ver los resultados que él obtenía. Por ejemplo, acabábamos de pasar una temporada en Cabeza del Buey y me dijo que en rumano se llamaba igual que en catalán –Cap de Bou– y añadió que Cabeza de Buey hinchada se traducían en rumano por “cap de bou unflat”. “Fíjate” añadió “que sólo cambia una letra porque unflat es en catalán inflat”. Y yo le contesté que así se escribía, pero se pronunciaba “unflat”; lo que le satisfizo infinitamente. Era un hombre –mayor que yo– de cabeza y cuerpo grandes y extremidades inferiores tirando a cortas, lo que le daba un aire cómico, pero era un buen observador y aunque era un ferviente comunista, no carecía –cosa rara– de un cierto sentido crítico. En los días tranquilos que vivimos después en Benicàssim, me contó un sinfín de cosas de Rumanía. Volveremos sobre ello cuando describa mi estancia en aquella playa del Levante español.

No tuvimos en Belalcázar un trabajo excesivo porque la verdad era que la mayor parte de los hospitalizados eran casos de medicina interna como diarreas, paludismo, picaduras de avispa y de abejas que se complicaban. Pudimos descubrir que en la “huerta de Fortuna” había un aljibe cuadrado con un metro o algo más de profundidad donde a última hora de la mañana íbamos a bañarnos. Y muchas tardes pasábamos un par de horas en el castillo, disparando a unos córvidos que anidaban en él.

Acabo de decir que no tuvimos un trabajo excesivo. Solamente una noche nos vimos desbordados por un alud de heridos (hombres, mujeres y niños), víctimas de un bombardeo aéreo sobre Hinojosa del Duque.

No puedo por menos de relatar un hecho que ilustra las relaciones entre las BB.II. y la población civil. Un chófer brigadista se emborrachó y la emprendió a tiros con todo quisque. Uno de los proyectiles alcanzó a un teniente de intendencia –Maurice Kupfermintz– al cual le fracturó la clavícula y le interesó el vértice del pulmón. Le operé enseguida y se recuperó muy bien y durante algunos días pudimos comer y beber cosas exquisitas. Pues bien, al chófer lo encerraron en la cárcel del pueblo. En las BB.II. cobrábamos cada diez días. El preso recibió su paga y como no podía gastarla en la taberna la entregó íntegra a unos muchachos que se acercaron a la reja de su ventana. Aquellos niños, agradecidos ante tanto dinero, organizaron una manifestación pidiendo la libertad del chófer.

El 28 de junio recibimos la orden de abandonar Belalcázar.